

¿EL HUEVO O LA GALLINA?

Después de la pausa veraniega nos reintegramos a la vida cotidiana, al horario rígido del trabajo o estudio, y quizás volvemos también a la rutina y las costumbres “de siempre”. Pero, ¿cómo diferenciar entre modas, costumbres, tradiciones, y la verdadera realidad y esencia de las cosas? Este volver de vacaciones es un buen momento para reflexionar sobre nuestra identidad cristiana, sobre lo que somos y/o debemos ser. **¿Qué es lo esencial?** ¿Qué es lo que debemos creer firmemente, cuál ha de ser nuestro modo de actuar cristiano, y qué y cómo es lo que debemos realmente celebrar? Quizás hemos de revisar nuestras celebraciones, o nuestras “prácticas”, ésas que con tanta frecuencia convertimos en meros ritos sociales vacíos de contenido: bautismos, bodas, primeras comuniones, romerías, procesiones... Y no se trata de eliminar o de reducir las prácticas religiosas a algo de conciencia individual, sino de purificar conceptos.

De un lado, las nuevas teorías y comportamientos sociales, y el acercamiento de otras tradiciones culturales hasta ahora desconocidas, pueden introducir el desasosiego y el desconcierto. Algunos se dejan arrastrar, y rompen con su pasado “sociológicamente cristiano”; otros se aferran a “lo de siempre”, a las normas bien definidas, pero sin saber por qué y para qué; los más dudan y no saben a qué atenerse, y sólo unos pocos tienen bien clara su identidad. **De otro lado**, como los fariseos del evangelio que -irritados por el comportamiento novedoso de Jesús y sus discípulos- veían tambalear sus esquemas, muchos cristianos “de siempre”, ante formas nuevas de evangelización, ante la realidad de los nuevos movimientos, o ante ciertas adaptaciones litúrgicas o modificaciones de expresiones y tradiciones, piensan que todo se va a hundir.

Una tercera observación: hay muchos que se preocupan por la contaminación exterior y física de la atmósfera, del agujero de la capa de ozono, del cambio climático... y por el contrario, hay un silencio casi absoluto sobre la contaminación interior y moral. Nos indignamos con imágenes de aves marinas que salen de las aguas impregnadas de petróleo, incapaces de volar, y no hacemos caso de la maldad que rodea a niños, jóvenes y adultos ensuciándolos e impidiéndoles volar por el azul del cielo o caminar por la senda luminosa del bien. Porque la verdadera y preocupante contaminación es aquella que cada día crea atmósferas irrespirables entre compañeros de trabajo o estudio, en la comunidad de vecinos, hasta en la propia familia; ésa que envenena las relaciones humanas y va produciendo cansancio y hastío por vivir.

Jesús, en el evangelio, expone el programa de una verdadera “ecología del corazón”. ¿Qué es más urgente, sanar el hombre o las estructuras? Eterno problema del huevo y la gallina. El Evangelio de hoy apunta directamente al corazón del hombre... y al remedio lo llama conversión: **la tarea consiste en resanar el corazón del hombre.** Quizás si leemos atentamente la reciente encíclica “*Laudato si*” del Papa Francisco o su exhortación “*Gaudete et exultate*” nos aclaramos.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM